

saboyano hacía que se tornasen á dirigir al Cielo los ojos fijados en el fangó, y restablecía los derechos del sentimiento en la demostracion de las verdades supremas.

Pero al mismo tiempo ¡cuántas ideas falsas no se mezclaban entre estas verdades! Siempre guiando la educacion por medio de circunstancias artificiales y de pequeños golpes de teatro, rodea á su discípulo de un mundo preparado á propósito para él. Pretende que cada niño reconstruya por sí la civilizacion é invente aquello que puede aprender, y reduce al hombre á la condicion de los brutos que no transmiten á sus hijos lo que aprendieron. ¿Se le ocultó por ventura á Rousseau que una generacion no puede conocerse á sí misma si no conoce la precedente? ¿Se le ocultó que si todo hombre debe ocuparse en educar á otro, ni tiempo ni posibilidad quedan para el progreso? Por otra parte no da á la moral mas fundamento que el interes personal. Mientras Aristóteles y Platon habian puesto la mira tan solo en la sociedad, Rousseau no se cuida sino del individuo; predispone á su educando contra la sociedad como contra un enemigo, y hace que viviendo entre los hombres tenga aversion á todas las reglas comunes, ó lo que es lo mismo, que sea infelicitoso. Su *Emilio* mismo ¿cómo se educa? Dispuesto á aceptar todo lo que le sucede, la esclavitud en Argel ó el adulterio en su patria, sin sentir la imperiosa necesidad de mejorar á los demas ni de mejorarse á sí propio (1).

Este libro, cuya impresion se obtuvo con artificios, fué inmediatamente condenado por el arzobispo y el parlamento de Paris, y al mismo tiempo por Ginebra; y el autor respondió al arzobispo en una carta virulenta sosteniendo la libertad de conciencia, no ya como hombre incrédulo y mordaz, sino seriamente demostrado que la sociedad se hallaba en contradiccion con sus propios estatutos, siendo tiránica al mismo tiempo que débil.

Rousseau consideraba á los filósofos como cobardes impostores que no tenian mas deseo que

(Los animales alimentan por piedad á sus enemigos, y nosotros confiamos á otras manos á nuestros hijos: ¡oh vituperio de la humanidad!)

Escévola de Saint Marthe, poeta latino del siglo XVI, exhortaba ya á las madres á criar á sus hijos:

Dulcia quis primi captabit gaudia risus,
Et primas voces, et blasse murmura lingue?
Tunc fruenda alii potes ista velinquet demens?
Tantique esse putas lereleis servare papillae
Integrum decus, et juvenilem in pectore florem?

Y ántes que este hizo iguales exhortaciones Fray Jerónimo Savonarola en sus sermones. Por lo demas, el *Contrato social* es una imitacion del *Ensayo sobre el gobierno civil*; y el *Emilio* y el *Vicario saboyano* lo son de las *Cartas sobre la educacion* y del *Cristianismo racional* de Locke.

(1) Siete años ántes del *Emilio* (1755) se habia publicado el *Code la nature* de Morelly, verdadero código del comunismo. Es singular que en él se encuentren las ideas capitales sobre la educacion desarrolladas por Rousseau: que las madres crien á sus hijos, que no se dé á los niños ninguna idea de la Divinidad, que se reduzca la religion á un estricto deísmo y se proscriban aquellas ficciones ingeniosas en que los niños se deleitan. No quiero inferir de aquí que Rousseau copia de Morelly sino que tales eran las ideas corrientes.

el de adquirir fama (1); ellos le miraban como un salvaje, y no pudiendo perderlo con el escarnio, intentaron perderlo con la fuerza. Voltaire, celoso de una gloria que no procedia de la suya, ¡echó mano de todos los medios para difamar á aquel *malvado* que tenia entre sus parientes un zapatero! El parlamento decretó su prision, Rousseau huye, y la Suiza, hospital y patria, lo rechaza; llevado por Hume á Inglaterra, en breve abandona aquel país maldiciendo del amigo traidor; y entónces perseguido por todos ó creyendo serlo, espantado de tantas enemistades como de la proteccion, de las pensiones como del eco que repiten los aplausos que se le tributan, vive infelicitoso, enemistado con todos, y acaso pone por su mano término á sus dias.

Rousseau se estremece y hace estremecer donde Voltaire no sabe mas que reir. Este se constituye en órgano de las ideas, de las esperanzas, de los rencores de su tiempo y los trasmite como inspiraciones y con inmensa eficacia; aquel con su orgullo desmesurado quiere imponer al siglo las que toma por propias opiniones, pero que no son sino la exageracion de las doctrinas proclamadas; poseído de desconfianzas y tratando de inspirarlas á las naciones, como si fuese parte de la felicidad el desconfiar siempre, una pasion del tiempo le sirve de arma para combatir á otra, y llega á hacerse popular combatiendo la popularidad. Desprecia á los grandes y á los pequeños, y no sabe vivir sin su estimacion, cree en Dios y no confia en él, ama la virtud y no cree en ella, idolatra la verdad y se postra ante el altar de la mentira; pasa la vida desdichada de quien no se fia de los hombres ni espera en la Divinidad; quiere enseñar á racionar y desbarra y se contradice continuamente; nos pide el alma, pero es para arrojarla en un mar de ilusiones y de engaños; quiere hacer feliz al género humano y lo desprecia. Siempre individualista, su *Contrato social* puede convenir á Ginebra, el *Emilio* á un solo niño, y muchas de sus teorías á un hombre aislado que piense y sienta como Rousseau, pero no á la generalidad. Voltaire, expresion del sentido comun, es claro, variado, abundante en el estilo, jamas afectado ni declamador, como tampoco grande, ni patético, ni sublime. Rousseau se coloca fuera del sentido comun, y por lo mismo de la sencillez; declama y exagera el arte para paliar lo absurdo de sus principios; pero raciona mejor que Voltaire, deduciendo consecuencias lógicas aunque de premisas falsas, y expone magníficamente los grandes sentimientos para los cuales Voltaire no tiene mas que una risa sardónica. Voltaire, poeta, esparce por do quiera el arte, se rie, revela abusos y

(1) « OÙ est le philosophe, qui pour sa gloire ne tromperait pas volontiers le genre humain? OÙ est celui qui dans le secret de son cœur se propose un autre objet que de se distinguer? » Y en otra parte: « O Montaigne, toi qui te piques de franchise et de vérité, sois vrai, sois sincère, si un philosophe peut l'être. » — *EMILIO*, lib. IV.

delitos, pero no protesta contra lo presente ni bosqueja reformas para el porvenir: Rousseau, dotado mas de sentimiento que de razon, concentra en sí todos los dolores de su época, protesta de continuo y sueña en utopías. Aquel es un epigrama, éste una elegía; aquel duda y se rie, este duda y se espanta. Voltaire adora á los reyes tanto como desprecia al pueblo, y por hacer la corte á aquellos ataca á los clérigos y á la religion, revolucionario en esta y tan servil en política que cree que la causa de los filósofos es la causa de los reyes (1): Rousseau, republicano, defiende al pueblo, y con gran escándalo de Voltaire hace de su héroe misántropo un carpintero. Voltaire diviniza la razon que separa, Rousseau el sentimiento que reune; aquel se rie de todo lo pasado y goza con lo presente; Rousseau padece con lo presente, pero confia en el porvenir. Voltaire censura la sociedad, pero se acomoda á ella, recibe títulos de la corte, tiene vasallos, trafica en esclavos y se da buena vida; Rousseau no transige, padece, se desespera, no puede respirar en un siglo perverso. El arma de Voltaire es un implacable buen sentido; la de Rousseau es la exaltacion del sentimiento, el entusiasmo por la verdad y la justicia; la escuela del primero pereció apénas cumplida su mision; la del segundo comenzó el movimiento de renovacion así en el arte como en el sentimiento.

Bernardino de Saint-Pierre, 1737-1814.

Bernardino de Saint-Pierre, el primero despues de Rousseau entre los de su escuela, heredó de él el impulso religioso dado al pensamiento filosófico. Imaginándose en su fantasía las reformas que la sociedad necesitaba, quiso hacerse jesuita para convertir á los Americanos y despues pasó á Malta para hostilizar á los Turcos. Desconocido de la Francia á quien amaba, porque este país *habia producido á Fenelon*, pasó á Rusia con el fin de proponer sus ideas á Catalina y á Orloff; pero á duras penas pudo obtener servicio en el ejército y lo abandonó en breve para combatir en favor de los Polacos. Fijo en la idea de fundar una república, escogió para ello el territorio de Madagascar, pero volvió de allí sin lograr su objeto. Introducido por d'Alembert en la brigada de los filosofistas, no se encontró en ella á su gusto, siendo como era objeto de risa por sus desventuras y por sus virtudes; por lo cual se aisló en su pobreza, feliz cuando podia acompañarse con Rousseau (2), y

(1) Además de los pasajes ya citados escribe á d'Alembert: « On ne s'était pas douté que la cause des rois fût celle des philosophes; cependant il est évident que des sages qui n'admettent pas deux puissances sont les premiers soutiens de l'autorité royale. » *Correspondance*, t. XVIII, p. 48.

(2) « Un día habiendo ido con él (Rousseau) á pasar al Mont Valerien, al llegar á lo alto acordamos pedir á los ermitaños que nos diesen de comer por nuestro dinero. Llegamos poco ántes de que se pusieran á la mesa, y cuando estaban en la iglesia, Juan Jacobo me propuso que entrásemos á rezar nuestras oraciones. Los ermitaños cantaban entónces las letanías de la Providencia, que son bellísimas; y despues que hubimos orado en una capilla y que los ermitaños se encaminaron al refectorio, Juan Jacobo me dijo conmovido: « Ahora experimento lo que dice el Evangelio: « Cuando esteis muchos reunidos en mi nombre, yo estaré

aborreciendo con este á aquella turba satisfecha, que al salir del teatro ó de las orgías lanzaba epigramas contra Dios y contra la humanidad.

Y Dios y la naturaleza habian desaparecido del arte; mas como son los únicos que pueden darle vida, quedó este reducido á un descarnado esqueleto, á una luz enteramente artificial en vez de sol límpido y puro, careciendo ya de sentimientos, de delicadeza, de formas, de variedad de estilo. Todos aquellos pintores, incluso Buffon, describian los campos estando en Paris segun los veían en el Jardín Botánico, siendo por lo mismo sus pinturas acompasadas y convencionales. Rousseau habia visto los Alpes y amaba el campo; sin embargo, la naturaleza tiene en él algo de artificial; presenta la imagen de huertos y jardines ingleses, no la grandiosidad de las montañas; y luego entre la naturaleza y su persona ve siempre al hombre, y el detestar á este quita la belleza á aquella. Saint-Pierre amando las soledades, los prados, el mar, los poetas, comprendió la consonancia del corazón humano con la creacion, y descubrió su sincero é ingenuo entusiasmo en los *Estudios de la naturaleza* (1784). No es este un gran libro, pero era tan diverso de lo que entónces se escribía, que agradó á las almas apasionadas no obstante su vaguedad é inconexion; al paso que excitó los bostezos de los *bellos espíritus* con sus ilusiones, y la befa de los filósofos con las ideas religiosas en él diseminadas. Al que sepa cuánto valor se necesita para ir contra la corriente, parecerá un acto de fuerza el incomparable idilio de *Pablo y Virginia* (1788). Cuando lo leyó en el salon de madama Necker, unos se marcharon, otros se adornecieron; pero el público lo comprendió.

Á pocos es dado tener tanta fe que se atribuyan siempre á sí mismos la razon contra todo el siglo. Bernardino de Saint-Pierre se corrigió en esto, es decir, se extravió, y en la *Cabaña india* (1791) criticó la sociedad y las academias, mostrando en abstracto un grande amor á la justicia y á la humanidad. Despues se precipitó en el optimismo providencial hasta negar casi el mal mediante la indagacion de las causas finales, y haciendo de la naturaleza un tipo de hermosura, de bondad, de conveniencia absoluta, en que las armonías del cielo con la tierra solamente habian sido turbadas por haber el hombre adquirido la civilizacion y abandonado las majestuosas selvas para habitar las infectas ciudades (1). Y véasenos aquí vueltos á la misantropía de Juan Jacobo; véase defendida la Providencia con inculpar la civilizacion; todo

« con vosotros. » Experimento una sensacion de paz y de felicidad que me penetra el alma. Yo lo respondí: « Si Fenelon viviese, sería Católico; » á lo cual replicó fuera de sí y con lágrimas en los ojos: « Si Fenelon viviese, trataría de ser su lacayo para merecer despues el ser su ayuda de cámara. » *Etudes de la nature*, t. III. Note.

(1) En los *Etudes de la nature* y especialmente en el VII opone la naturaleza á la sociedad presentando al hombre moral en su estado primitivo y corrompido despues: tema ordinario de los declamadores del día.

bien procede de Dios y todo mal del hombre, según Bernardino de Saint-Pierre, como si el hombre no fuese el principal objeto de la Providencia. Pero aunque Saint-Pierre se lanza á exageraciones para responder á los impugnadores, conserva la admiración á la naturaleza, se atreve á permanecer Cristiano, y fomenta la reacción contra la negación filosófica y la ligereza artística.

Con-
dorcet.
1743-91.

Al lado de d'Alembert puede colocarse al conde de Condorcet, natural de Ribemont. Habiendo sido admitido desde muy jóven en la Academia por sus investigaciones sobre el análisis y sobre los tres cuerpos, elogiado por la Europa como géometra, lo fué también como escritor cuando en calidad de secretario publicó los *Elogios* de los académicos. Rico en conocimientos, elevado de inteligencia, separándose del espíritu exclusivo y de partido, llegaba con el análisis á sistemas arriesgados, y se decía de él que era un volcan cubierto de nieve. En vez de lamentar la decadencia del hombre, admira su elevación sucesiva, doctrina que no abandonó ni aun á la vista de los patibulos levantados por la Revolución. En el *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1795) quiso «mostrar con el raciocinio y con los hechos que el mejoramiento de las facultades humanas no tiene límite señalado; que la perfectibilidad del hombre es indefinida, y que sus progresos incontrastables no tienen mas límites que la duración del globo.» Para esto recorrió la historia dividiéndola en nueve épocas, fundándose en conjeturas para las tres primeras, y comprendiendo en la última desde la época de Descartes hasta la Revolución. Los filósofos que calumniaban el Catolicismo y echaban menos la sociedad pagana, no podían tener el menor vislumbre de esta idea del progreso solidario de todas las naciones y de todos los siglos. Mas para que la demostración de Condorcet hubiese sido completa, habría debido en vez de elegir los sucesos como los eligió, no omitir nada en la historia. Por otra parte es de notar que examinó tan solo el lado estético é intelectual, no el sentimiento; y la irreligiosidad de su siglo le impidió descubrir las relaciones del hombre con el universo entero y con otro orden de cosas. Así, no esperando la inmortalidad, se lisonjea de la duración indefinida de la vida terrena.

Condorcet terminó haciendo sobre los progresos ulteriores de nuestra especie conjeturas que pretendió fundar matemáticamente sobre lo pasado, y redujo estos progresos la igualdad entre las naciones y entre los ciudadanos y el perfeccionamiento real del hombre. El primero en su opinión consistirá en adoptar las mismas creencias políticas y consagrar el principio de la soberanía nacional, el segundo destruirá la aristocracia sacerdotal y nobiliaria, igualando á los individuos en riquezas, derechos é instrucción; y por último, la mujer se perfeccionará y elevará. Para probar que en sus obras Condorcet

se olvidó á veces de la moral, basta decir que en el progreso de las ideas morales preveía que podía encontrarse medio de abandonarse á los placeres sensuales sin llenarse de hijos. Otras ideas ridículas introdujo también entre sus ideas generosas; hizo creer en el perfeccionamiento del individuo el incremento de las ciencias en las cuales cuanto mas se avanza mas se dilata el campo, mejorándose los métodos y multiplicándose las observaciones hasta el punto de hacer creer que aquel es ilimitado. Lo mismo observó respecto de la industria que cada día adquiere nuevas máquinas y fuerza. «Día vendrá, dice, en que el sol no verá sobre la tierra mas que hombres libres sin otro señor mas que su razón; los tiranos y los esclavos, los clérigos y sus estúpidos ó hipócritas instrumentos no se presentarán ya sino en la historia ó en los teatros, y bajo el peso de la razón quedarán aplastados los gérmenes de la superstición y de la tiranía.» Este himno al progreso es sublime, si se considera que lo entonaba bajo el hacha de los que se llamaban republicanos, la cual no le hacía abandonar sus esperanzas, bien que ninguna de estas se elevase á una esfera superior á la tierra.

Ya en 1750 Roberto Turgot había escrito un discurso sobre los beneficios del Cristianismo, considerándolo, á pesar de la impiedad dominante, como una mejora sobre el gentilismo. Después proclamó el progreso como vocación de la humanidad en otro discurso, que es un bosquejo de Historia Universal, imperfecto sí, pero el primero en que se honró á todo el género humano, mirándolo como mancomunado en la serie de los tiempos y de los fenómenos, y recibiendo y transmitiendo una herencia siempre mayor de conocimientos y de moralidad. Con esta idea Turgot siguió paso á paso la marcha de la humanidad, pero la filosofía materialista no le permitió descubrir ni leyes eternas, ni derechos superiores, ni una Providencia, y sucumbiendo ante la duda exclamaba: «Busco en esta serie de opiniones el progreso del espíritu humano, y casi no veo mas que la historia de sus errores.»

Los libros de polémica, es decir, la mayor parte de los de Voltaire, algunos de Rousseau, todos los de Diderot y la *Enciclopedia*, perecieron después del triunfo; otros envejecieron; pero siempre con los errores pasajeros se mezclan verdades perennes; aquellos caen al fondo; estas sobrenadan, y nosotros tenemos que reprimir nuestras inclinaciones para juzgar severamente á hombres que combatieron tantos errores mortíferos, que establecieron la emancipación mas bien que el dominio de la literatura, y si no nos transmitieron verdades completas, á lo menos nos dejaron muchos principios verdaderos y muchas semillas fecundas.

La literatura, habiendo bajado al terreno de la polémica cotidiana y siendo uno de los mas activos medios de conmover las ideas, perdió la delicadeza que tenía en el siglo precedente;

la soberbia que inspiraba el juicio propio impedía que se creyese necesario reforzarlo con lo pasado; menospreciados los antiguos á causa de la nueva dirección que tomaba el pensamiento, se buscaron pensadores nuevos, expresiones forzadas, giros extravagantes, vanos ornamentos en lugar de la pura ingenuidad; la lengua adquiriendo concisión y facilidad, perdió en elegancia y en colorido; las frases eran fuertes, pero no las mas justas; y aquella que yo llamaré petulancia de estilo cortado, si al principio halaga, á la larga es nauseabunda. Voltaire se lamenta muchas veces de que el gusto se pierde sucediéndose una novedad á otra, cayéndose en los barbarismos y siendo el siglo XVIII la cloaca de todos los siglos. Tal vez la razón de las culpas que con tanto desprecio revela Voltaire, está en aquella frase de su contemporáneo Vauvenargues: «Es necesario tener alma para tener gusto; los grandes pensamientos vienen del corazón (1).»

Algunos cultivaron desinteresadamente el arte; Montesquieu estudiaba mucho, aprobaba, reprobaba, se desesperaba; Buffon proclamaba que solo el estilo hacía inmortal un libro, y fué de ellos artífice infatigable. Este en la imperturbable majestad del genio á quien no alteran censuras ni elogios, logró conmover representando las sensaciones que experimentaban, usando de claridad y sencillez persuasiva en sus generalidades y de frases elevadas aunque graves, de tal modo que cada vez es mas sensible que no haya unido el orden físico con el orden moral. Acaso por esto se vió obligado á sostenerse á veces con el énfasis y con períodos de pompa oratoria mas que de verdad pintoresca, porque no apelaba al corazón ni establecía armonía ninguna entre las escenas de la naturaleza y el sentimiento que deben excitar (2).

Por lo mismo pereció buena parte de sus escritos, no quedando sino las grandes verdades y las nociones relativas á la naturaleza del hombre, constante en su inmensa variedad.

Elo-
cuencia.

La elocuencia sagrada que instruye y conmueve no se dejó oír entonces. En la duda universal, se hubieran requerido para conmover oradores de alma férvida y audaz; pero el siglo tendía á una pompa ficticia, á halagar las opiniones, á no chocar con la moda, á hacerse perdonar el Evangelio prescindiendo del dogma, y á contentarse en aquella teología académica con una moral enteramente humana, disimulando las propias creencias. Rechazando aquellas formas populares que aun tocando en lo vulgar suelen á veces elevar á originales sublimidades, se tomó un estilo pulido mas de lo que consiente la severidad apostólica, y ya no eran pontífices sino literatos los que predicaban. El padre Andres y Bridaine, únicos que se

(1) VAUVENARGUES.

(2) D'Alembert decía: *Je ne donnerai pas une obole du style de Buffon.* Voltaire lo acusa de hacer el poeta en prosa y de hablar de física en estilo hinchado.

atreveron á mostrar una elocuencia audaz y dramática, agradaron como un par de extravagantes.

En la del foro, á la ostentación de erudición, de retórica y de ingenio, había reemplazado un lenguaje sencillo y severo, una discusión grave y mesurada, investigándose los principios para ponerlos por base de los razonamientos; pero llegó el filosofismo, y pareció mezquino aquel modo sencillo y positivo; los abogados trataron de desenvolver ideas generales y explicar teorías en vez de hechos, por lo cual la elocuencia forense tomó extensión y producía tanto efecto en el público como las obras de los literatos. El proceso de los Jesuitas, y después los de Lally y de La Barre dieron de sí algun discurso notable; y La Chalotais y Sirvan obtuvieron entre los contemporáneos una fama que se perdió con los intereses á que se dirigían.

Si no emplea ante el altar, es género falso el panegírico, y así pecan fundamentalmente los *Elogios* de Antonio Thomas de Clermont-Ferrand. Pensador fatigoso, pero rico en la erudición que entonces se apreciaba, quiso colocarse entre los filósofos sin renegar de la moral; sudó por llegar á ser elocuente; pero en vez de buscar la elocuencia en el pensamiento, en la poderosa emoción de la realidad, la buscó en el tormento del estilo, en el énfasis empleado aun en las cosas pequeñas y en la introducción de ideas y comparaciones tomadas de las artes y ciencias exactas, ideas y comparaciones que como el entusiasmo de patria y el que manifiesta por las acciones morales no tienen espontaneidad ninguna. Á veces, sin embargo, abandonó los recursos del arte para dejarse llevar de los sentimientos de su corazón, como en el *Ensayo acerca de las mujeres*, y en el *Elogio* de Marco Aurelio, donde se coloca verdaderamente en medio de Roma entre el disgusto que le causa lo pasado y los temores que le aquejan por el porvenir. Esta obra agradó también en su tiempo como un modo de decir la verdad velada, pues que nadie se atrevía á decir la desnuda. El ensayo sobre los *Elogios* cansa por su monotonía, cuanto mas que el elogio no es un género separado sobre el cual se puedan dar reglas distintas. Analizando todos aquellos que se deben á la adulación, apenas hay dignos de mención los que circulan entre todos por ser libres y vivos, es decir, los elogios de los Padres de la Iglesia.

Francisco Marmontel de Bord, prosador fácil y elegante, moderado en sus opiniones filosóficas, mostró alguna independencia en las literarias. En los *Elementos de literatura* dió en paradojas por querer ir contra la corriente; después las dejó, no tratando de los pormenores de práctica sino del sentimiento de que nacen las artes de imaginación; buscando las causas que podían influir, descuidó el buscar las reglas que jamás harán nacer el talento. Sus *Cuentos morales* manifiestan casi los sentimientos experimentados en el orden habitual de las cosas:

Thomas.
1732-85.

Marmontel.
1738-99.